

CARIÑO MALO

**La violencia del hombre hacia la mujer en la clase
alta chilena relatada por sus protagonistas**

ROSARIO MORENO

Con la colaboración de Sofía del Río e Isidora Lermenda

 **Planeta**

1

Ahora tengo veintiún años, pero cuando ocurrió tenía diecisiete y él veinticinco. Nos conocimos y este gallo me llamaba y me llamaba. Me pidió pololeo tres veces, y a la cuarta le dije que sí. Al comienzo, Joaquín era perfecto. Lo único es que era flojo en la universidad y se echaba muchos ramos. Él sentía que tenía la vida asegurada, porque su familia era de mucha plata.

A los seis meses las cosas se pusieron raras. Me pedía que me cambiara de ropa para salir, que me pusiera ropa de marca, y me decía que me fuera a hacer las uñas. Esto me produjo rechazo, pero después lo miraba como parte del paquete, porque Joaquín me encantaba.

A los nueve meses comenzó a hablar de sexo. Yo seguía en cuarto medio y le dejé en claro que era virgen y que no iba a cambiar mis principios. Al comienzo lo respetó, pero un día estábamos en su casa y me pidió que fuera a buscar el celular a su pieza. Entré, él venía detrás, cerró la puerta, me empujó fuerte hacia la cama y ya sobre ella le dije:

—¡Qué te pasa!

—¡No, es que yo no aguanto más! Si tú me quieres lo vas a hacer.

Me agarró fuerte de los hombros —me quedaron rojos—, me tiró hacia atrás y me dijo:

—¿Acaso no entiendes por la situación que estoy pasando? Tú con esto me puedes ayudar.

—¡Si tanto quieres hacerlo, mejor terminemos y te metes con una puta! —contesté angustiada.

Forcejamos, le pedía que me soltara. Yo estaba con un vestido y me bajó a la fuerza las pantis que se rompieron enteras. Me puse a llorar a mares. Se bajó los pantalones, pero a la vez me tenía agarrada entera. Empecé a gritar fuerte,

nadie venía... y me penetró. Comencé a sangrar. En ese momento entró su hermano y le advirtió a Joaquín que parara, mientras yo lloraba a mares. Él paró. Yo me subí las medias, o lo que quedaba de ellas, mientras él se vestía como si nada. Llamé a mi mejor amiga para que me fuera a buscar. Le dije que había tenido una discusión con Joaquín. Él escuchaba impávido, mirando el computador.

Me fui con mi amiga y no le conté nada por ¡vergüenza! ¡Toda mi vida me enseñaron que había que llegar virgen al matrimonio y se me había ido todo a la mierda! ¡Y contra mi voluntad! Al día siguiente lo vi como si no hubiese pasado nada.

El fin de semana siguiente viajamos con mi familia y me sentía sucia; lloraba en las noches. “Quiero terminar” le decía a mi hermana y ella me respondía: “Termina poh”. Me sentía pésimo conmigo misma, pero decidí bloquearlo.

En ese viaje me topé con un francés, y como no lo conocía, me atreví a contarle todo. Me decía “Esto es violación, en mi país se paga con cárcel”. Le encontré razón y decidí terminar con Joaquín por teléfono. Pero cuando me contestó estaba llorando, porque lo habían echado de la universidad.

No podía dejarlo en ese minuto, así que me dije: “Esperaré un tiempo y luego chao, lo mando a volar”.

Volví del viaje y el pololeo siguió. Yo estaba distante y él me decía: “¿Qué te pasa?, estás como arisca. ¿Acaso ya no me quieres?”. Yo le respondía que estaba cansada, que tenía que estudiar. También pensaba: “¿Y si lo denuncio?”, pero me respondía a mí misma: “¿Qué persona ABC1 va a la cárcel por violación?”. O sea... ¡nunca en mi vida había escuchado eso! ¡Jamás!.

Empecé a ir al siquiatra porque no dormía nada y por la angustia de que no me llegaba la regla. Tenía mucho susto

de estar esperando guagua. Ahora lo pienso y, claramente, eran nervios.

Necesitaba hacerme un examen de sangre y se lo tuve que pedir a mi siquiatra. A él le dije que había sido con consentimiento para que no me preguntara más detalles, tenía miedo de que me convenciera de que le contara a mi mamá. Hice todo sola y los resultados salieron negativos. Por supuesto que me volvió la regla casi al instante.

En otra ocasión estábamos en su departamento en Marbella. Él estaba con trago y me tiró al suelo del living. Estábamos solos... sé que la cagué.

—Es que lo quiero hacer contigo.

—Pero yo no, ¡para, para, para por favor!

—Quiero que seas mi puta...

No sé de dónde saqué fuerzas y logré arrancar. Me fui del departamento a alojar donde una compañera, pero después seguimos pololeando como si nada. Me daba vergüenza hablarlo con él, ya que podía contarle a más gente.

También echaba de menos a mis amigas, porque él no quería que las viera. Según Joaquín “me daban mal ejemplo” y yo caí redondita. Mis amigas me alegaban, pero les decía que mi pololo no estaba bien y que lo tenía que apañar.

Al final, un día salí con ellas, y no sé cómo Joaquín supo, pero llegó al bar en el que estábamos. Yo no lo podía creer. Él dio a entender que había sido casualidad y luego se fue.

A los días aceptaron su apelación en la universidad, aunque yo tenía claro que lo iba a mandar a volar. Cuando le dije que quería terminar se puso a llorar a mares:

—Es que tú, tú eres la única persona a la que yo amo y no puedo vivir sin ti —me dijo, y comienza a darle como taquicardia. Lo agarré y lo llevé a la clínica, pero ¡sorpresa!: ¡estaba todo perfecto! Me decía: “Casi me muero por tu culpa” y me sentí responsable, por lo que seguimos pololeando. Yo

en ese momento sentía que estaba impidiendo que alguien se muriera.

Seguimos juntos, aunque yo me mostraba muy fría. Él se quejaba por eso y nunca tocamos el tema de la violación. A esas alturas traté de creer que era una necesidad del hombre, pero aun así no quería contarle a nadie, por vergüenza. O sea yo, ahora, mentalmente me siento virgen, pero físicamente sé que no lo soy, y el día de mañana, cuando me case, le voy a tener que decir al gallo: “Oye, pasó esto”.

Al semestre siguiente nuevamente lo echaron de la universidad. Lo ayudé a cambiarse a otra y juro que ¡no daba más! Hasta era mala influencia en mis estudios. Me decía: “No vayas, no des el examen, qué importa si igual tu papá tiene los recursos para pagarte otro semestre más y, en el peor de los casos, nosotros nos vamos a casar, así que yo tengo asegurado todo esto”. Y no di el examen, a ese nivel. Pero al semestre siguiente me fue *filete*, porque yo sabía que me la podía. Como a él le iba pésimo, quería que a mí también me fuera mal.

Finalmente, Joaquín se cambió de universidad y terminé con él. La cosa es que después de eso desapareció y me mandó un wasap que decía que si yo no estaba en su vida, la de él no servía para nada. Yo pensé: “Ahora sí que se va a morir por mi culpa”. En ese momento se metió su mamá que me pedía por favor que no terminara con él, porque me necesitaba mucho. A las horas apareció, se había cortado los brazos. Obvio que nos reconciamos; mi familia no opinaba, porque yo no conté nada de esto.

Al poco tiempo me fui de viaje con amigas. Obvio que le cargó la idea, pero partí igual. Me llamaba unas quince veces al día y yo ya sentía repulsión. En una parte del viaje perdí la señal como por cuatro días y fue, literalmente, lo mejor que

me pudo pasar en la vida. Por supuesto que en Santiago él estaba haciendo un escándalo porque yo no contestaba.

En el viaje me topé con un amigo y comenzamos a escribirnos por WhatsApp. Lo raro es que, al otro día, Joaquín me llamó y empezó a amenazarme porque conversé con este otro tipo. Pensé que mis amigas le habían contado a Joaquín y las reté, aunque ellas me aseguraron que no habían abierto la boca.

Volvímos a Chile y no sé qué pasó por su mente, pero decidió terminar. Sentí alivio, pero cuando se iba yendo me bajó una cuestión atroz y dije como: “¡Concha!, ya no soy virgen, tengo que estar con él”. O sea, “¿qué voy a hacer? nadie más me va a querer”; me puse a llorar, a llorar, a llorar y este gallo se fue.

A los días me llamó con cualquier excusa y me dijo: “Tengo que contarte la verdad, tenía hace un año tu WhatsApp abierto. Te estaba mirando, podía ver todo...”. No lo podía creer, por eso sabía siempre dónde estaba y con quién.

Y, como si eso fuera poco, partió a hablar con mis amigas de la universidad para decirles que yo le había puesto el gorro como cinco veces, que lo obligué a cambiarse de universidad, etc. Para mi gran sorpresa, mis amigas le creyeron. Me peleé con ellas. Con el tiempo se dieron cuenta de que estaba loco y me pidieron perdón....

Ahora soy otra persona. Cuando estaba con Joaquín me sentía demasiado feliz, pero ahora me doy cuenta de que perdí tres años de mi vida. ¡Los perdí, realmente los perdí! Si lo tuviera al frente le diría: “¡Ándate a la mierda! No le hagas a otras lo que me hiciste a mí; ojalá desaparezcas del mapa, ¡ojalá te mueras! ¡Que te violen a ti, idiota! ¡Para que sepas lo que es! ¡Ojalá te caiga la teja, anda a confesarte!”.

Es primera vez que hablo de esto así tan abiertamente, uno se bloquea y es como abrir una herida. Como que

todavía no quiero creer que me violaron y al hablar del tema me dan unas ganas de llorar atroces, pero me las aguanto. Si cuento mi historia es por mi hermana chica. Cuando grande quiero que lea este libro y sepa lo que puede pasar.

Claramente, no lo tengo superado, hasta el día de hoy, cada día que me levanto, lo pienso, pienso que perdí lo más grande, la virginidad, y que a lo mejor no se quieran casar conmigo por eso. También perdí el ser cariñosa; yo era súper de piel, ahora ando como tiesa. Me cuesta hasta dar un beso.

A los meses de terminar, nos fuimos un grupo grande de amigos a Pichilemu. Yo feliz, primera vez que me dejaban salir así. En la playa probé la marihuana y me volé en mala. Me puse a llorar a mares... Tomé la forma de un ovillito con mi cuerpo y me puse a gritar: “¡Weón, por favor sáquenme de aquí, me van a violar, me van a violar, aléjense, aléjense!”. En eso llegó una hermana mía, me pescó y le dije: “¡Por favor pégame una cachetada fuerte y dime que no me están violando!”.

Mi hermana me pegaba y yo no sentía nada, pensaba: “Concha, me pueden estar violando en este minuto”. Mi hermana me llevó a acostar. Al día siguiente, pese a la vergüenza, en la noche me curé atroz y ocurrió la misma escena del día anterior, salvo que cuando me trataban de ayudar yo gritaba: “¡No me toques, no me toques!”.

María Gracia, 21 años, víctima,
egresó del colegio Los Andes.

2

Lo vi y me enamoré. Me encantó que trabajara en el campo, porque yo toda mi vida viví entre Buin y Santiago, entonces él era como mi perfil, sencillo en sus actitudes, típico

agricultor. Me mató eso de: “Oye, ¿vamos a comernos una marraqueta al almacén?” e íbamos y la comíamos sentados en la cuneta.

Yo había pololeado antes, pero esto fue distinto. Tenía veintidós años y la relación fue discutida y peleada, porque yo sentía y comprobaba que me mentía. Me decía que no venía a verme a Santiago porque estaba enfermo, y yo lo llamaba a su casa del campo y la nana me decía que había salido con su amigo, el Cote. Lo enfrentaba, pero nunca de manera fuerte, como diciéndole: “¡Te vas a la cresta!”, porque no quería que le dieran esos fuertes arrebatos. Recuerdo haberme bajado un par de veces del auto, en plena calle, porque me tapaba a garabatos. Era como rabioso, se salía de sí y hasta espuma le aparecía por la boca.

Y este amigo, el Cote, siempre estaba metido al medio, pero bueno, decía yo, por último, es su amigo.

Entre los hermanos se trataban bastante mal, peleaban; hasta vi cómo una vez le pegó unas patadas a la hermana. Y después empecé a cachar que iba al siquiatra y que tomaba remedios para el control de los impulsos. No me acuerdo de los nombres, pero eran antidepresivos, ansiolíticos, remedios así, heavy. Yo lo acompañé varias veces al siquiatra, pero me quedaba en la sala de espera.

Nunca, hasta el día de hoy, supe cuál era el diagnóstico. Porque en esa familia todo se tapaba, todo se encubría. Por supuesto que nada de esto se lo conté a mis papás o a alguna amiga, porque tenía miedo a perderlo. Él me encantaba y nada de esto me daba susto, porque siempre pensé que con mi amor iba a cambiar.

Lo que pasa es que era como la oveja negra de la familia, pero conmigo se abría, me contaba todo, qué sé yo... menos en el diagnóstico que tenía, yo creo que él tampoco lo sabía... Entonces, cuando se desahogaba conmigo, yo sentía

que cumplía un rol de “oh, ven aquí... yo te contengo, yo te abrazo, yo te doy paz”. El matrimonio de mis papás era muy lindo, entonces, como pololos, yo pensaba que podía replicar eso.

Al año nos pusimos de novios. Estaba preparando el matrimonio y una muy amiga de Buin se vino a alojar conmigo para ayudarme con las cosas de la fiesta. Un día estábamos en mi casa, Juan Francisco venía llegando y le digo: “Porfa, tráeme la guía de teléfonos para anotar”. “Anda tú”, me contesta él, y yo insistí: “Qué te cuesta, estás arriba y la guía está en el segundo piso”. Luego de eso baja con las páginas blancas y me dice: “Toma, conchetumadre” con tono de rabia y ¡pah! me tira la guía fuerte en la cabeza, delante de mi amiga. Lo primero a que atiné fue decirle a ella: “No digas nada, por favor quédate callada, quédate callada”.

Ella me respondió “Atina con este imbécil, ¡cómo le aguantas!”. No la tomé en cuenta. Estuve con jaqueca creo que una semana. No le dije a nadie, ni a mis papás, y pensé: “Bueno, se le va a pasar... ¡se le va a pasar! ¿Cómo voy a ser tan poco generosa de no entenderlo? Se le va a pasar...”.

Un día se fue a Algarrobo con el Cote a ver a unas amigas y lo pillé. Juan Francisco se defendió con que su amigo lo había presionado. El Cote me decía: “Se sacó la argolla, preguntale, se sacó la argolla”. Yo para mis adentros me preguntaba: “¿Por qué este weón siempre está metiendo la cizaña?”. Pero, bueno, me repetía “me voy a casar y esto se va a arreglar”.

Me casé virgen. Él me respetó eso en el pololeo, por mi formación del colegio. Para mí fue muy importante que lo hiciera. La primera noche no pasó nada, la segunda y la tercera tampoco. Pensé que era normal, es que una nunca hablaba de estas cosas con nadie. Al cuarto día recién hubo sexo. No fue como yo esperaba, como en las películas

románticas, con un abrazo después, quedarte ahí acurrucado, ser tierno... nada, fue algo absolutamente mecánico.

La luna de miel tampoco fue lo que yo me hubiese imaginado. Lloré hartó en el viaje, porque me esperaba otras actitudes de él hacia mí. Se daba cuenta de que yo lloraba y me decía: "Ay, para qué lloras". Yo le respondía que tenía pena y él replicaba: "Son tonteras tuyas". Ahí me decía para mis adentros: "¿Para qué voy a seguir llorando si tengo que hacer una luna de miel bonita?".

Llegamos de vuelta a Santiago y congelé mi carrera porque nos fuimos a vivir al campo, donde mi marido administraba el fundo de su papá. Ahí teníamos una casa preciosa para nosotros. No tardó en aparecer la presión de la familia sobre cuándo me iba a quedar esperando guagua. Y me quedé. Estaba chocha. Juan Francisco también. Igual teníamos nuestros momentos buenos en ese tiempo.

Comencé a sentirme pésimo. Mi ginecólogo, amoroso, me pasaba a ver al campo... yo vomitaba y vomitaba. Juan Francisco por supuesto que no me pescaba.

Un fin de semana nos fuimos con parejas de amigos a Zapallar. Llevábamos tres meses de casados. Ya instalados, el marido de una de las niñas me pega una agarrada de pote... "Putá que estás rica", me dice. Yo creí que se me caían las muelas...

—¡Qué te has creído, weón! —le dije.

—Es que te juro que eres irresistible —me contesta.

Me pongo a llorar y llamo a Juan Francisco. Entra a la pieza y le digo:

—Quiero hablar contigo, ¡me quiero ir ahora de aquí!

—¿Estás loca?, eres una imbécil, weona, ¿qué te vas a ir? —replica.

Una vez que le cuento lo que ocurrió me grita:

—¡Ay qué te importa, weona neurótica!

Me dolió en el alma, cero apoyo, cero contención, pero tenía claro que no me iba a quedar ahí. Justo había llevado en mi cartera una plata que había ganado vendiendo unos regalos de matrimonio a los típicos viejos que te los iban a comprar a la casa. Me subo al auto y me despido; finalmente, él también se vino.

Se fue manejando a ciento ochenta kilómetros por hora, me puteó todo el camino, tratándome pésimo, y yo empecé con unas contracciones que creí que me moría. Llorando le decía: “Cómo es posible que no me entiendas, que no te pongas en mi lugar, soy tu mujer. Lo único que quiero es sentir que me cuidas, que soy lo máximo para ti”. Llegamos al campo y yo seguía llorando. Fui a la cocina, le eché agua caliente a un guatero, me lo puse en el estómago cuando me empieza a gritonear:

—¡Me cagaste el fin de semana, weonal! ¡Yo quería estar con mis amigos!” —toma el guatero, me lo quita y me lo lanza contra la guata con todas sus fuerzas. No podía creer lo que estaba pasando. Pesqué el auto y me fui a Santiago donde mis papás. No les dije nada, pero me sentía morir viéndolos a ellos cómo eran de tiernos entre sí y cómo se miraban; me aguantaba las lágrimas. Necesitaba ese ambiente de amor. Luego de un rato volví al campo y Juan Francisco me siguió puteando. Esos fueron los primeros maltratos y golpes de casada. Yo ni imaginaba lo que vendría...

Pasó el tiempo y le conté a sus papás el episodio con nuestros amigos en Zapallar y el tema del guatero, porque el maltrato psicológico seguía siendo constante: “Cocinas como las pelotas”, “no cocinas como mi mamá en la casa”. Y, claro, en la casa de él estaba acostumbrado a tener tres empleadas puertas adentro. Cuando llegaba, le sacaban el maletín del auto. Dejaba toda la ropa tirada en el suelo, todo. Le servían la mesa impecable, mi suegra era una dueña de casa

increíble. A la antigua, te servían en bandeja de plata y te recogían las migas con escobilla de cerdas.

Yo, en cambio, no sabía cocinar. Una vez mi suegro fue a almorzar a la casa y yo chocha, por primera vez cocinaba e hice una carne rellena con queso. Él lo vio y dijo: “Esta mugre yo no me la como”. Casi me morí... “No tengo otra cosa”, le contesté. Juan Francisco mudo, le tenía santo pavor. Era un padre muy maltratador, trataba mal a mi suegra y por eso yo justificaba todo el tiempo a Juan Francisco.

Pero bueno, volviendo a lo anterior... cuando les cuento a sus papás el episodio de Zapallar y el guatero, me dicen: “¡No!, es que vamos a llamar al doctor y le vamos a contar, no te preocupes, linda. Tómate una pastillita para relajarte”. Todo, ¡todo! en esa casa era remedio. Y mandaban a Juan Francisco al siquiatra de la familia. Este me llamaba y me decía:

—Patricia, hola, cuéntame, he sabido que Juan Francisco ha estado así y así.

—Y sí —le contestaba yo—, ha estado supermal...

—Cuéntame, porque yo veo al frente mío a un ángel, falta la aureola dorada y las alas blancas. Cuéntame, porque Juan es un santo, ¿te ha hecho monstruos?

—Sí, me ha hecho monstruos —para el siquiatra los monstruos eran cuando Juan Francisco se ponía rojo, se le salían los ojos y espuma; y se arrebatava y... volaba todo, me tiraba cosas. Estos episodios eran regulares: yo les contaba a mis suegros, ellos mandaban a mi marido al siquiatra y este me llamaba a mí. Era un círculo vicioso.

En este ambiente aprendí a hacer mi vida en el campo: me dedicaba a la casa aunque tuviera nana, tenía un par de amigas, pero nada íntimo, jardineaba y desde el comienzo ahorra. La suegra me pasaba cheques todos los años y me decía: “Para usted, linda, para los niños, no es para comprar

lechugas”. Ella era muy generosa y yo guardaba, guardaba, guardaba. No entendía mucho por qué lo hacía, pero creo que me sentí siempre insegura en ese matrimonio.

Recuerdo que luego de los arrebatos, Juan Francisco me regalaba un cheque o una joya y me pedía perdón, seguido de varios días buenos. Tuvimos cuatro hijos. A todos les di papa como ocho meses, pero a una no pude. Se me cortó la leche, ¿por qué?, porque Juan Francisco me agarró a patadas en el suelo delante de las empleadas. Esa vez fue porque le pregunté –directamente– si era maricón. Yo desconfiaba demasiado del Cote, porque salían siempre juntos. Él era soltero y Juan Francisco lo iba a ver mucho a su casa. ¡Se llamaban todas las noches! Y si el Cote no le contestaba el teléfono, o sea, ¡uf!, se emputecía y partía rajado a su campo. Ni siquiera disimulaba y fue por eso que le pregunté de frentón si con el Cote eran un par de gays.

Sé que estoy relatando desordenado, pero es que se me confunden los tiempos. Vuelvo a la pateadura. Recuerdo que yo estaba en la pieza, me pegó un empujón, salimos al pasillo y ahí me pegó un combo en la cabeza, me tiró al suelo y me pegó tres patadas en el cuerpo, mientras me gritaba no recuerdo qué. Estaban dos empleadas mirando desde la galería y también gritaban.

Me levanté en shock y superhumillada frente a las empleadas. Me fui llorando al monasterio que quedaba cerca. Me tranquilicé, volví a la casa y él me pidió perdón, amoroso, pero nunca me respondió lo que le pregunté. Yo estaba entera adolorida, pero lo curioso es que nunca me pegó en la cara.

Por eso no me gustaba tener nana. Me daba vergüenza ajena, porque era campo, la gente comentaba lo que pasaba y ¡todo el mundo sabía que el patrón pateaba a la patrona! Yo me llevaba muy bien con los trabajadores, los iba a saludar

al campo, adentro del potrero, qué sé yo... olvídate cómo me recibían, les hacía tachos gigantes de jugo que les iba a repartir en el verano... partía en moto con los niños y era: "Aquí viene mi niña" y me abrazaban, me hacían sentir muy querida.

Yo le tapaba todo a Juan Francisco. ¡Ah!, recuerdo cuando me encerró en el walking clóset con llave, solo pude salir cuando llegó la nana y me abrió. Él dijo que había sido una broma.

Fui una actriz espectacular. Él parecía el marido ideal y yo pudriéndome. Creo que lo hice por imagen, por no aceptar el fracaso y porque igual lo quería. Además, seguía pensando que lo podía cambiar. Recuerdo otro episodio: estaba con el Cote, sentado uno pegado al otro frente a la chimenea, en un sillón café. Yo había discutido con Juan Francisco, porque me había tratado mal, me había pegado ese día y botado de la cama, ya ni me acuerdo por qué... Y, bueno, estaban ahí pegaditos y no me aguanté. Le digo al Cote:

—¿Sabes qué? ¿Te pido un favor? Estoy con un problema, necesito que te vayas, que te vayas de mi casa —y me largué a hablar—: Son demasiados los problemas que tengo en mi matrimonio y tú eres un causante, y te lo quiero decir en tu cara, súper de frente, aunque es difícil para mí. Para ti debe ser más difícil aún, pero te juro que no te tolero. No te quiero ver más aquí en mi casa, te pido por favor que te pares y te vayas, mis problemas han llegado al tope.

Juan Francisco se enfureció y me gritó:

—¡¿Qué te has imaginado, weona de mierda?! Voh te vas de esta casa, weona, ¡voh te vas de estas casa! Él no se va a ir nunca, vas a ser voh la que te vas de esta casa y ándate cagando altiro! —amenazó así, chispeando los dedos.

No me quedó más que pararme e irme. Me fui a la pieza de los niños y ahí me acosté a llorar a moco tendido. Así eran las situaciones, superdolorosas, superfuertes...

Esa amistad nunca terminó, fue siempre igual; el Cote lo pasaba a buscar y Juan Francisco llegaba a las tres de la mañana. En otra oportunidad, dijo que se iba a Santiago a una reunión de pega. Yo le había hecho unos sándwiches de carne mechada con queso, unas marraquetas calientitas, y como salió rajado se le quedaron. Lo salí persiguiendo en mi auto para pasarle los sándwiches y veo que... chuta madre, no tomó la carretera hacia Santiago, ¡enfiló hacia la costa! “Pero si la reunión era en Santiago...”, pensé yo. Lo seguí, pasé el peaje, y me encuentro con que se fue a meter a la casa del Cote. Me quedé afuera esperando y, a la hora, hora y media, lo veo salir bien bañadito.

Me fui de vuelta para la casa y no le dije nada. Llegó supertarde, como a las dos, tres de la mañana. Al día siguiente lo enfrenté: “Oye, qué raro, tus zapatos están llenos de arena. Si fuiste a Santiago, ¿por qué arena?”. Y ahí le dije: “¡Te seguí, mentiroso, estuviste con el Cote...!”.

Se arrebató. Eso es lo que yo sentía en él, que no tenía ningún argumento para explicarme con cosas concretas, porque yo, además, era aguja. Pero luego me dije: “¡La estoy cagando! ¿Para qué mierda le meto un ají por el pote? Lo estoy provocando, la estoy cagando, estoy haciendo las cosas mal”. Yo... me culpaba, me culpaba, me culpaba.

En el fondo, imaginaba que eran pareja, pero no lo quería aceptar. A esas alturas mi autoestima estaba en los suelos, y la situación siguió... si yo lo presionaba un poco más, me pegaba, pero aprendí a arrancarme, me perseguía por la casa y me tenía que encerrar con llave en un baño hasta que él se calmara. Me gritaba: “¡Sale, mierda, te voy a sacar la cresta cuando salgas, apróntate!”.